

GONZÁLEZ VERA O LA HONESTA RECREACIÓN

No hemos podido olvidar los dibujos dedicados a los parlamentarios de la Francia de su tiempo creados por Gustavo Doré ahora que leemos *Eutrapelia, honesta recreación* (1), de José Santos González Vera, pues uno de los temas de este libro escrito en una prosa decantada, pulida, sopesando el adjetivo, atisbando el grosor exacto de la palabra, es el del *Conferenciante*. La asociación con los dibujos de "Pido la palabra" viene al justo y no recuerdo ahora si alguien anticipó, juguetonamente, una relación por la intención crítica no velada, directa, sagaz, del texto del escritor chileno y los dibujos del maestro francés. En ambos casos, la obra ha resultado de la observación inteligente, minuciosa, aunque no exenta de ironía, pues en trazo casi impresionista se aprisionan los rasgos del personaje que inspira la sátira. Y en el caso particular de González Vera, su obra se adereza con un ingenio de raíz castiza, con esa malicia o socarronería refinada que dan a su obra un tinte de gracia indiscutible. El Conferenciante viene a ser el tema de ésta su primera recreación, esta recreación honesta, gratuita de su dibujo implacable, y que, sin embargo, mueve a sonrisa, a carcajada contenida. Su personaje viene a ser el retrato por antonomasia del *hablante*, del profesional de la palabra oral, ese profesional que ensordece los oídos de los habitantes cuerdos de este continente sudamericano. Es decir, viene a ser el retrato del *hablante* en vigilia permanente, en celo eterno. Y cuánta fina ironía hay en estas páginas de González Vera. Producto de sus años de alto funcionario universitario, como pocos escritores, ha tenido él la facultad de observar en el lugar mismo de su origen el nacimiento, pasión y resurrección del arte de la conferencia. Todos los matices posibles en el difícil arte del Conferenciante encuentran en él a un comentador ingenioso que hace el atisbo feliz de los preparativos de una jornada oral, la *mise en scène* del acto mágico por excelencia.

(1) Edición Babel.

Y qué disquisiciones en torno al mero acto de la presentación del Conferenciante. Vienen a ser un pequeño tratado sobre tan arduo y divertido asunto. Los conocimientos de psicología aplicada que demuestra González Vera harán ruborizarse al más plantado y soberbio profesional de este arte antiquísimo. Véase, por ejemplo, este trozo:

“Hay presentadores que por odio a lo vulgar, inician su alocución con ataques vigorosos al Conferenciante. Con este procedimiento es seguro que romperán la aparente apatía de los oyentes; pueden mejorar la temperatura de la sala y cada palabra será recibida como si fuese moneda. Pero, bastará que los amigos del presentado no sepan apreciar ese arranque original y sugestivo, en lo que vale, para que el presentante sea ultrajado allí mismo, aunque con ello se pisoteen los fueros de la inspiración y se cause grave ofensa a las musas”.

Estas y otras observaciones enriquecen la introducción del tema tan hábilmente tratado por el autor de *Alhué*.

Las variaciones en torno de un mismo tema que hace en este libro pueden subdividirse en otros tantos pequeños movimientos con su comentario rico en juicios y curiosas afirmaciones. Veamos el *primer movimiento*. Se refiere al Conferenciante *primerizo*:

“...necesitan la compañía de individuos ilustres. Estos, sentados a la vista del público, simbólicamente responden de él, le dan brillo con su individual grandeza. ...No están muy seguros de su talento, les angustia ser incomprendidos y, sin confesarlo, sienten miedo a la rechifla o al ataque de hecho...”

Segundo movimiento: “El *profesor* también suele dar conferencias... No tiene ningún sacratismo por las palabras. Se mete en ellas como el apir en su mina. No se exalta, mide sus emociones, podría decirse que habla con pudor... Habla en estado de ausencia... El profesor, gracias a la costumbre, ape-

nas entera los cuarenta y cinco minutos ordena sus textos y guarda un silencio digno y bienhechor”.

Tercer movimiento: el Conferenciante improvisador: “El improvisador puro es el más sano de todos. No odia a los otros hablantes. Los compadece. Considera que son meros aficionados que pierden en vano su tiempo. Cree que se nace con el don”.

En este conocimiento exhaustivo que nos da González Vera no falta el Conferenciante *simulador*: “Hay en su ser una pasión violenta, pero sin rumbo. Lo que más podría decirse de él es que aspira a ser alguien... Odia el reposo y el sueño... Posee el sentido del mimetismo. Se presenta ya como profesor, ya como improvisador y consulta, a veces, ciertos garabatos con los que se zafa cuando el disgusto colectivo arrecia...”

Y otros tipos de *hablantes* que a manos de González Vera van sufriendo la severa y, ¿por qué no decirlo?, a veces hasta la benevolente comprensión de este escritor que en estas páginas hace gala de un escepticismo a toda prueba ante los embates culturales de estos casos dignos algunos de peor suerte. Pero la pluma de González Vera no se detiene sólo en su paciente sino que mira hacia el público y en la sala ausculta la temperatura, ve, con ojos de novelista y de crítico, el mundo que entra o sale furtivamente; presiente curiosos conflictos en los asistentes. Saca conclusiones y mira, con ese dejo de diablo cojuelo que viene a caracterizar parte de su arte literario, y consigna los movimientos del público, individualiza, selecciona como un cientista. Allí están los tímidos, los silenciosos, los jubilados, los que hacen hora, los que esperan el minuto de la cita, los seres innumerables que constituyen el público del Conferenciante. Y los estudiosos. Todo un mundo en tan sólo veinticinco páginas de texto que se hacen livianas y que cumplen a maravilla con su cometido, el ser testimonio de un observador agudo y el ser, a la vez, una sátira necesaria en nuestro mundo cultural que peca de tropica-

lismo, ese tropicalismo que ha invadido nuestra cultura, en desmedro de una sobriedad ahora mítica.

La Segunda recreación toca un tema difícil, tratado en dos pequeños capítulos: Buscadores de Dios y Escala mística. Espiritu agnóstico, González Vera abre su breve ensayo sobre tan escabroso asunto con una cita de Antonio Machado y que viene a ser la profesión de fe en la materia:

*El Dios que todos llevamos,
el Dios que todos hacemos,
el Dios que todos buscamos
y que nunca encontraremos.*

Seguramente objetables desde un punto de vista religioso, estas páginas constituyen una curiosa faceta en la obra de González Vera. Pero no se crea que aquí el autor juega con el problema de Dios, sino que reflexiona desde su sitio de incrédulo o mejor dicho (el matiz se impone) de no creyente. Y adopta una actitud que podríamos calificar de filosófica en el total de su obra, aunque nunca faltan en ella estas reflexiones para explicarse los fenómenos y las circunstancias que determinan los actos de sus personajes. González Vera no es aquí un negador. Tiene la actitud seria del que, no teniendo al Buen Dios comprende cuánta felicidad se cobijaría en los que, en gracia, creyeran de repente. Sabias son sus palabras en este sentido:

“Es grata la negación a los ateos, los soberbios, a cuantos presumen que lo espiritual —Dios— es creación humana.

“Los ansiosos de creer, los religiosos puros, forman un grupo heterogéneo. Unos creyeron, dudaron y querrían reempezar; otros, descontentos con los halagos del mundo, presienten que su salvación, aunque fuera momentánea, podrían encontrarla en el espíritu; hay quienes no se resignan a morir del todo... Todos añoran el alma que les abandonó en la adolescencia”.

No hemos visto comentadas desde un punto de vista sectario estas páginas de González Vera. Merecerían, y con un criterio ajeno al escándalo, el ser discutidas por los escritores militantes del catolicismo, protestantismo u otras iglesias. Si en otros géneros literarios el problema de la fe encuentra cultivadores y comentaristas serios, estos *Buscadores de Dios*, González Vera, a pesar de su brevedad, merecerían un enfrentamiento no sólo de carácter literario.

La Tercera recreación trata de *El escritor y su experiencia*. Constituye un documento autobiográfico de su formación literaria, de sus comienzos, esos comienzos que sólo González Vera sabe pintar con todos los pormenores, todas las pequeñas andanzas de aprendiz y después maestro en el difícil arte. Estas páginas dan luz meridiana sobre lo que podríamos llamar constituye la estética del autor y el transcurso, la evolución experimentada. Y esta estética, fundada sobre todo en la práctica directa de la literatura, viene a ser el resultado de sus lecturas abundantísimas y su buen gusto, ese buen gusto formado al contacto con los maestros y producto, también, de una experiencia vital, al contacto directo con el mundo. La sabiduría de su oficio es revelada aquí con esa franqueza capaz de desalmar al más pedante: "Es un tesoro, para el que va a ser escritor, que su madre se haya formado más con la vida que con los libros, o haberse criado con niñera campesina. Ambas hablan la lengua del pueblo. Usan vocablos probados durante siglos. Las trescientas palabras que aprendemos de sus labios, serán nuestro lenguaje y nos ayudarán a entender a cuantos se expresan en el mismo idioma y a ser comprendidos por la generalidad... La lengua popular es la lengua... Expresiones refinadísimas, que nacen en salones, pasan luego a las obras literarias, pero desaparecen del lenguaje culto, siglos después se encontrarán cabales en labios de mujeres y hombres humildes".

En otra parte dice: "Nos enseñan a hablar las mujeres. Deben repetir las mismas voces ciento o mil veces". Y cuánto debe al idioma coloquial la literatura de este escritor chileno, conversador fino,

infatigable, pues sabe aderezar los minutos con su conocimiento de la vida literaria del país, la gente curiosa que ha visto en sus viajes por Chile, sus compañeros de letras, los personajes inolvidables de su libro *Cuando era muchacho*. El capítulo final de su *Eutrapelia, Honesta recreación*, no es únicamente la confesión, sin voz impostada, de un escritor de rara alcurnia espiritual, sino que también, el testimonio vivo de un artista que trabaja con dignidad su oficio y que no olvida la función del escritor en la vida social. Arte y Humanidad en unidad indestructible encuentran en González Vera a un plasmador sin concesiones ni efectismos de ninguna clase. Arte fundado en la medida, en la vigilia para el verbo, en el sacrificio de todo preciosismo. Vida la suya fundada en la verdad sin eufemismos de lo cotidiano. Y junto a ello, este signo de raigambre clásica, el regusto del vivir, el gozar la vida, la aspiración a la equidad universal. Y entre sus placeres: la lectura, "*mi debilidad de conversar horas, tardes y días*" con los amigos de siempre, y el beber té incansablemente, ese té que espera humeante en su taza de loza chilena mientras su dueño hilvana los recuerdos en torno a poetas y escritores que se animan en ese tercer piso de un lugar de Santiago. Federico Gana, Jorge González Bastías, Baldomero Lillo, Augusto d'Halmar, etc., que salen del entresueño y que vienen en visita junto a nosotros gracias al desvelo de su compañero y amigo que con el recuerdo de sus vidas, prepara un libro. La Honesta recreación llega a su punto.—*Luis Droguett Alfaro*.

■

"NIÑO DE LA COSTA", novela de *Juan Negro*. Editorial Nascimento, 1956

Hermosa la *nouvelle* de Juan Negro que acaba de editar Nascimento, junto con la reedición, en el mismo volumen, de su primera obra en prosa, *Botella en el Mar*, publicada por primera vez en 1947.

Se nos aparece aquí el poeta en una plenitud artística, con un